

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL PROFESOR  
ANTONIO BASCUÑÁN RODRÍGUEZ CON OCASIÓN DE  
LA INVESTIDURA DE LA CALIDAD DE DOCTOR *HONORIS*  
*CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO

Valparaíso, miércoles 20 de marzo de 2019

**S**eñor Rector de la Universidad de Valparaíso, Señor Secretario General de la Universidad de Valparaíso, señor Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valparaíso, distinguido profesor José Luis Guzmán Dálbora, autoridades de la Universidad de Valparaíso, autoridades superiores de la Universidad Adolfo Ibáñez, Señor Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, señores profesores de los claustros de las facultades de Derecho de la Universidad de Valparaíso, Adolfo Ibáñez y de Chile, y a la distancia también de la Universidad de Puerto Rico; queridos familiares, socios, amigas y amigos, señoras y señores:

|

La decisión de la Universidad de Valparaíso de otorgarme con inusual generosidad la investidura de doctor *honoris causa* me llena de humilde orgullo y me emociona de una manera muy particular. Aunque las facultades de Derecho de Santiago y Valparaíso dejaron de pertenecer a una misma universidad nacional justamente el año en que yo ingresé a estudiar, mi vida como estudiante y luego como académico está marcada también por el recuerdo de experiencias en esta Facultad.

En sus orígenes eso se debió principalmente a la amistad entre mi padre, el profesor y ex Decano Antonio Bascuñán Valdés, y el profesor y ex Rector de esta Universidad, Agustín Squella Narducci, y a la voca-

ción de ambos por el cultivo de la teoría general del derecho, incluida la devoción compartida por la obra y la persona de Hans Kelsen. Acompañar a mi padre a Valparaíso durante la década de 1980 para asistir a la sesión anual de la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social constituyó una práctica formativa para mí.

En la memoria de esos años juveniles quedaron también registradas un par de anécdotas porteñas. Como recordarlas es una manera de volver a vivirlas, me perdonarán que lo haga en esta ocasión.

A fines del año 1981, mis amigos que estudiaban en la Universidad de Valparaíso y preparaban su examen anual para el curso de Introducción al Derecho temblaban con solo pensar en ser interrogados por el profesor Squella. El mito tejido en torno a ese examen decía que si durante el interrogatorio se le perlabla la frente de sudor, las cosas iban mal. Si se pasaba además la palma de la mano por la frente, para enjugar ese sudor, las cosas iban pésimo y había que rendirse porque, de lo contrario, se corría el riesgo de que llegara a morder su corbata, lo que sería un signo fatal de reprobación no solo de ese examen sino de varios más, hasta que un número suficiente de sacrificios aplacara su ira. Esta imagen de la persona que para mí encarnaba el arte de la conversación gentil era tan desconcertante que viajé a presenciar los temidos exámenes. Solo pude ser testigo de la ansiedad estudiantil durante ese día, porque los exámenes fueron rendidos a puertas cerradas, a petición de los mismos estudiantes.

Valparaíso también era en aquellos años el lugar donde otros amigos estudiaban arquitectura bajo el hechizo de Alberto Cruz y Godofredo Iommi. Uno de ellos, artista plástico talentoso y no menos dotado músico autodidacta, había comenzado a estudiar piano. Como el instrumento estaba en Santiago, dibujó un teclado de cartón y lo pegó a su mesa de trabajo. Diariamente, en horarios rígidamente predeterminados, se ejercitaba con pasión y disciplina en ese teclado mudo y los demás inquilinos ayudaban a esa rutina guardando un respetuoso silencio. Eso era, por supuesto, delirio; pero admirable. Y vistas las cosas retrospectivamente, los arduos debates de la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social en torno a la cuestión de la justificación procedimental o sustantiva de la democracia, en medio de la década de los ochenta, estaban bastante cerca de esa práctica del piano en un teclado de cartón.

Los años posteriores no han hecho sino confirmar este vínculo. Aquí he participado en jornadas académicas, de conocimiento y de reconocimiento. El año 2001 me correspondió hacer la *laudatio* al profesor Juan Enrique Serra. Hoy me ha correspondido recibir la inmerecida alocución del querido profesor Guzmán Dálbora. Aquí he formado amistades. A ellas debo este homenaje que agradezco emocionado.

En todas las oportunidades que he tenido de visitar esta casa de estudios, he vivido la misma sensación cada vez que he llegado a destino, se ha estacionado el automóvil en el que he viajado y he abierto su puerta. El estremecimiento inconfundible causado por la primera bocanada del aire de Valparaíso. Una ráfaga densa me sacude siempre, llenándome los pulmones con esa vida turbulenta que lo habita. Si algo está asociado en mi memoria a esta Facultad es esta sensación de haber llegado a otro mundo, a uno donde ya no se respiran los residuos de una vida artificial, sino la materia de la que está hecho el océano.

Ese es mi voto, señor Rector, al agradecer el honor que hoy se me confiere: que la Facultad de Derecho de la Universidad de Valparaíso sea siempre para nuestro país el soplo de ese aire nuevo que el mar trae consigo.

## II

Las reglas que gobiernan esta ocasión solemne demandan de mí una disertación. Tres problemas me han ocupado este último tiempo. Por qué se ha leído equivocadamente durante más de 250 años una metodología jurídica en el *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, al punto de que ningún abogado culto, juez o profesor de derecho deja pasar la oportunidad de afirmar ese error casi como profesión de un credo compartido. Por qué se ha leído durante más de 150 años equivocadamente el *Sistema de Derecho Romano* de Savigny, atribuyendo a los cuatro elementos de la interpretación de la ley la función de directivas para la solución de problemas interpretativos, al punto de que la educación en ese error es la marca común de todos los estudios chilenos de derecho cuando se examinan los artículos 19 a 24 del Código Civil. Y cómo es que un espíritu frívolo de garantismo insensato instalado en tribunales que ejercen la revisión constitucional de la ley amenaza con bloquear el margen de decisión que necesita el legislador cuando introduce cambios

en el derecho penal, haciendo incontrolable la transición que trae consigo la reforma. Cualquiera de estos temas habría sido digno de ser tratado en esta ocasión. Pero la advertencia de Montesquieu en el prefacio de su obra me hizo desistir. Porque el tratamiento de cualquiera de ellos exigiría explicar demasiado. ¿Y quién podría decirlo todo —advierte Montesquieu— sin un aburrimiento mortal?

Así es que me decidí por la rosa de Paracelso.

### III

En la página 435 del tomo XIII, el penúltimo, de los *Collected Writings* de Thomas De Quincey, editados por David Masson en Edimburgo en 1890, dentro de una serie de fantasías en prosa que ofrecen al lector una continuación de las *Confesiones de un consumidor inglés de opio*, al inicio de la página, se encuentra la siguiente alusión hecha casi al pasar: “Insolente alarde de Paracelso, que restauraría la rosa o violeta original desde las cenizas provenientes de su combustión”.

Paracelso, o Doktor Paracelsus, es el seudónimo de Philippus Aureolus Teophrastus Bombastus von Hohenheim, el médico militar suizo itinerante que vivió en la primera mitad del siglo XVI, perseguido por autoridades civiles y órdenes gremiales, que legó a la Europa de los siglos XVII y XVIII por igual farmacopea y alquimia. A esta última herencia se refiere De Quincey en su alusión. Jorge Luis Borges —la gloria es suya; de la Academia Sueca, la ignominia— tomó de esa alusión la idea para uno de los relatos tardíos de su obra, titulado así, “La rosa de Paracelso”. Leo su inicio:

En su taller, que abarcaba las dos habitaciones del sótano, Paracelso pidió a su Dios, a su indeterminado Dios, a cualquier Dios, que le enviara un discípulo. Atardecía. El escaso fuego de la chimenea arrojaba sombras irregulares. Levantarse para encender la lámpara de hierro era demasiado trabajo. Paracelso, distraído por la fatiga, olvidó su plegaria. La noche había borrado los polvorientos alambiques y el atanor cuando golpearon la puerta. El hombre, soñoliento, ascendió la breve escalera de caracol y abrió una de las hojas. Entró un desconocido. También estaba muy cansado. Paracelso le indicó un banco; el otro se sentó y esperó. Durante un tiempo no cambiaron una palabra.

El desconocido, un muchacho que mantiene oculta su identidad y que porta en su mano izquierda una rosa que inquieta a Paracelso, le declara su voluntad de ser discípulo suyo. Pero antes el visitante quiere una prueba.

Es fama —le dice— que puedes quemar una rosa y hacerla resurgir de la ceniza por obra de tu arte. Déjame ser testigo de ese prodigio. Eso te pido y te daré después mi vida entera.

Paracelso le responde que es muy crédulo y que él exige en un discípulo la fe. El muchacho le responde que precisamente por no ser crédulo es que desea ver con sus ojos la aniquilación de la rosa y su resurrección. Paracelso toma la rosa en sus manos y prosigue el diálogo, insistiendo en la credulidad de su visitante. La creencia de que una rosa puede ser destruida —le dice— sin aceptar que es eterna, le impediría que incluso la visión de su resurrección pueda servirle de prueba, porque para el que crédulamente acepta la posibilidad de la destrucción de una rosa su imagen resucitada podría no ser más que una ilusión. El muchacho pierde la paciencia ante ese ejercicio de dialéctica del maestro y arroja la rosa a las llamas de la chimenea. Sin inmutarse, Paracelso murmura que de él se afirma que es un embaucador y que quizás eso sea cierto, que ahí está la ceniza de la que fue la rosa y que no lo será. El relato concluye de este modo:

El muchacho sintió vergüenza. Paracelso era un charlatán o un mero visionario y él, un intruso, había franqueado su puerta y lo obligaba ahora a confesar que sus famosas artes mágicas eran vanas.

Se arrodilló, y le dijo:

—He obrado imperdonablemente. Me ha faltado la fe, que el Señor exigía a los creyentes. Deja que siga viendo la ceniza. Volveré cuando sea más fuerte y seré tu discípulo y al cabo del Camino veré la rosa.

Hablaba con genuina pasión, pero esa pasión era la piedad que le inspiraba el viejo maestro, tan venerado, tan agredido, tan insigne y por ende tan hueco. ¿Quién era él, Johannes Grisebach, para descubrir con mano sacrílega que detrás de la máscara no había nadie?

Paracelso lo acompañó hasta el pie de la escalera y le dijo que en esa casa siempre sería bienvenido. Ambos sabían que no volverían a verse.

Paracelso se quedó solo. Antes de apagar la lámpara y de sentarse en el fatigado sillón, volcó el tenue puñado de ceniza en la mano cóncava y dijo una palabra en voz baja. La rosa resurgió.

#### IV

Leí este relato por primera vez el año 1986 en la edición que hizo la editorial Siruela dentro de la colección de la Biblioteca de Babel, dirigida por el propio Borges. La imagen de la cubierta del libro era dominada por un amenazador tigre azul —proveniente de uno de los relatos— sobre una rosa roja —la rosa de Paracelso. Recuerdo bien que, en ese entonces, sin dificultad me sentí más identificado con el candidato a discípulo. Esa suerte de reminiscencia de la descalificación de la incredulidad del apóstol Tomás me parecía tan abusiva como la descalificación evangélica. Gracias a Elaine Pagles, la teóloga de Princeton, hoy podemos conjeturar además que ese episodio es una interpolación agresiva del redactor del evangelio según Juan —ninguno de los evangelios sinópticos registra la escena— para desacreditar a su rival, el evangelio según Tomás, más afin a la inteligencia de la filosofía griega.

Veinte años más tarde adquirí la edición de las obras completas de Borges en cuatro volúmenes por Emecé —naturalmente, incompletas—, en cuyo tomo III se encuentra el relato, editado junto a otros tres, dos de los cuales correspondían a mi memoria, habiéndose agregado un tercero desconocido hasta entonces para mí y que daba el título a la colección de los cuatro relatos. También recuerdo el giro de mis simpatías cuando entendí que en el discurso de Paracelso no había una declaración de bienaventuranza para los que creen sin ver, sino una exhortación a hacer prevalecer el sentido del aprendizaje por sobre la producción de resultados. Que era un alegato a favor de la prioridad del arte sobre la técnica, genuinamente animado por el espíritu de la tradición alquimista.

Sin embargo, antes y después, la figura de Paracelso me pareció ocupar en el relato ‘un lugar plañidero’. Así es como Borges describe las alusiones a su ceguera en un libro suyo de poemas de 1975 —donde un místico sufi canta a la rosa sin fin antes de morir con su ciudad a manos de los invasores mongoles—, observando que haberlo así constatado al recorrer las pruebas del libro le produjo desagrado. El mismo

desagrado me inspiraba la autocomplacencia que yo advertía en Paracelso, claramente una proyección del propio Borges como maestro de la palabra, incomprometido por su fama. Hasta que, finalmente, entendí el sentido del relato.

## V

Conozco diversas interpretaciones de “La rosa de Paracelso”: cabalísticas, estéticas y de teoría literaria. Mi impresión es que todas ellas incurrir en el mismo error. Todas asumen que el centro del relato se encuentra en la idea de la creación mediante la palabra como un acto mágico que devuelve a la vida algo que existiría en el lenguaje.

Debe concederse que hay una razón textual para entender la transmutación de la rosa como un acontecimiento en el plano del sentido, en el espacio de la mente o del habla. La alusión a la rosa de Paracelso por De Quincey se encuentra en una fantasía en prosa titulada “The Palimpsest of the Human Brain”, donde él juega con la metáfora de la memoria como las escrituras sucesivas en un papiro o pergamino donde se ha borrado lo que estaba escrito para escribir en él algo nuevo: una tragedia griega borrada para inscribir una leyenda monacal borrada para inscribir un romance caballeresco. A la química precaria de los monjes medievales —señala De Quincey— se debe el prodigio de poder rescatar lo que hubo sido borrado. Ese prodigio puede lograrse también con la memoria, donde constantemente se borra para reescribir. En el contexto de esta fantasía en prosa hacer resucitar la rosa es recobrar del olvido la memoria.

Tenemos asimismo una prueba de que esta idea impresionó a Borges. En “La memoria de Shakespeare”, el cuarto relato de este grupo y que da el nombre a la serie en la edición de las obras completas, Borges observa: “De Quincey afirma que el cerebro humano es un palimpsesto. Cada nueva escritura cubre la escritura anterior y es cubierta por la que sigue, pero la todopoderosa memoria puede exhumar cualquier impresión, por momentánea que haya sido, si le dan el estímulo suficiente” (III, 434). Las posibilidades de extender esta idea a otros ámbitos se encuentra por supuesto al alcance de la mano. No escapará a los profesores de derecho aquí presentes la tentación de hacer de la producción de una razón válida para la acción o la decisión mediante el estudio de

textos escritos a primera vista en lenguas muertas una transmutación tan prodigiosa como la de la rosa de Paracelso.

Pero además del hecho de que la imagen de la rosa que resurge de la ceniza por el arte de la alquimia acompaña a Borges desde su primera obra en 1923, eso sería leer el relato desde la perspectiva de Johannes Grisebach. Naturalmente, todo el talento de Borges nos inclina a leerlo así. El relato es una magistral puesta en escena de la que somos espectadores con la misma ansiedad incrédula del discípulo, pero con la diferencia de que nosotros sí podemos presenciar en el último momento el hecho milagroso cuya visión le fuera a él negada. El prodigio de la resurrección y el dominio del arte de producirla son dos obsesiones del visitante que el relato nos transfiere inconscientemente. Considerar que esta vindicación de la ciencia y del arte de Paracelso es el acontecimiento relevante del relato es mantener la misma perspectiva de aquel que no fue admitido por indigno. Es mantenerse indigno del privilegio concedido.

## VI

En mi opinión, la perspectiva que debe contar para comprender el relato es la de su protagonista, Paracelso. El genio de Borges impide que accedamos a esa perspectiva directamente. Porque aunque presenciemos la resurrección de la rosa, el hecho conserva ante nosotros su condición de misterio. Con la frase final “y dijo una palabra en voz baja”, el narrador, que nos hace visible el arte de la transmutación, lo mantiene sin embargo para nosotros secreto. En la medida en que para el espectador la magia siga siendo un arte misterioso, el lector no advierte que si hay algo indiscutiblemente evidente desde la perspectiva de Paracelso, es la nimiedad de la resurrección.

Si la rosa es eterna, entonces su apariencia en un momento dado como flor con peso y fragancia o tenue ceniza es un hecho tan trivial como su reversibilidad. Esa es la verdad de Paracelso: “Si arrojara esta rosa a las brasas —dice al visitante—, creerías que ha sido consumida y que la ceniza es verdadera. Te digo que la rosa es eterna y que solo su apariencia puede cambiar. Me bastaría una palabra para que la vieras de nuevo”. Grisebach solo retiene esta última afirmación, pidiendo una vez más la prueba de su verdad. Pero para Paracelso, que está cierto de la



verdad de su ciencia, probarla es superfluo. Que se crea o no que él es un embaucador, como afirman todos los boticarios de Basilea, lo tiene sin cuidado. Por eso, desde su perspectiva, el hecho esencial del relato no puede ser la refutación de la acusación de jactancia, del insolente alarde que le imputara De Quincey.

El hecho esencial del relato es su propio aprendizaje. La narración comienza con una plegaria de Paracelso: que le sea enviado un discípulo. La plegaria es escuchada: “quiero ser tu discípulo”, le dice un hombre joven, genuina y apasionadamente interesado en adquirir el conocimiento por el que es famoso. Pero Paracelso deja que pierda ese interés, deja que se desilusione de él y termina despidiéndolo, sabiendo que no volverán a verse. Entendemos: ya no tendrá el discípulo que imploró. Lo que acontece en el relato es por supuesto la pérdida del interés del visitante en Paracelso como un maestro. Desde la perspectiva de Paracelso no es relevante que ese desinterés lo descalifique como discípulo. Eso es trivial. Lo importante es la pérdida de sentido de su plegaria, la descalificación en Paracelso del anhelo de tener un discípulo.

## VII

¿Por qué imploró Paracelso un discípulo? ¿Qué fue lo que se le reveló de esa plegaria que lo hizo desistir de ella? Mi interpretación es muy simple: su inconsistencia. Paracelso advirtió que deseaba perdurar, eludiendo con ello para su ciencia la inexorable ley de la apariencia. La verdad, el tigre y la rosa son eternos. Su apariencia en el conocimiento que aquel o este hombre posee, o en la ignorancia de otros, en un tigre o una rosa, o en sus cenizas, es algo trivial y momentáneo. El conocimiento poseído por él no es más que apariencia. Trascender en un discípulo es tan fútil como la afanosa búsqueda del oro en la que desperdició el brío de su juventud.

La rosa seguirá resurgiendo por la ley. Paracelso será ceniza también por esa ley. Su conocimiento y su maestría serán ignorancia e impericia en otros, por esa misma ley. Si su ciencia es verdadera, y de eso ni él ni nosotros dudamos, en la verdad perdurará con entera independencia de ser o no conocida.

Por eso, después de hacer resurgir la rosa, ya en la completa oscuridad, Paracelso seguramente dirigió a su Dios, a su indeterminado

Dios, a cualquier Dios, una nueva plegaria confesando su imperdonable falta de fe. Y aceptó que ese Dios, que sabe de alquimia, lo convirtiera en polvo, en nada, en nadie y en olvido.

Muchas gracias.

## REFERENCIAS

- Masson, D. 1897. *The Collected Writings of Thomas De Quincey*. Vol. XIII. London: A. & C. Black, Soho Square.
- Borges, J.L. 2005. *Obras completas*. 4 Vols. Buenos Aires: Emecé Editores S.A. *EP*